

que le saludasen Augusto: estaba pálido, desfigurado, y se alejó tristemente cubriendo con un velo su cabeza y el cuerno de la abundancia (67). Juliano se levantó apresurándose a ofrecer una libación a los dioses: descubrió una estrella que atravesó el cielo y se desvaneció (68); el piadoso adorador del Olimpo creyó reconocer en aquel meteoro el astro amenazador del dios Marte. Al día siguiente, cuando peleaba sin coraza a la cabeza de sus soldados, le rozó el brazo una jabalina atravesándole el costado derecho y penetrando en la parte inferior del hígado; cayó del caballo, desfalleció y cuando volvió a abrir los ojos juzgó, no obstante los cuidados del hábil Oribases, que su herida era mortal.

Un general herido en el campo de batalla espira sobre banderas, noble lecho que el honor concede con frecuencia a sus fieles amigos. Aquí se presenta un espectáculo sin ejemplo: Juliano tendido sobre una estera cubierta con una piel, su lecho ordinario, aparece rodeado de soldados y de sofistas; su muerte es la de un héroe; sus palabras las de un sabio. «Amigos, dijo, llegó el tiempo de dejar la vida: deudor de buena fe, devuelvo alegremente a la naturaleza lo que me pide. Todas las máximas de los filósofos me han enseñado que el alma es de una sustancia mas afortunada que el cuerpo. Sé también que los inmortales envían con frecuencia la muerte a los que los reverencian como la mayor recompensa. Los dolores insultan a los cobardes y ceden a los valerosos. Confío haber conservado sin mancha el poder que recibí del cielo, y que fluye de él por emanación, y doy gracias al Dios Eterno que me arrebató del mundo en medio de una gloriosa carrera. El que desea la muerte antes de que suene su hora, ó el que la tome cuando es oportuna, carecen igualmente de valor....»

«Ya no tengo aliento para hablar. Me abstengo de nombrar emperador por miedo de equivocarme mas digno, ó de exponer al que juzgase mas capaz, sino se aprobaba mi elección: como hijo tierno y como hombre de bien, deseo que la república encuentre despues de mi muerte un jefe íntegro (69).»

Habiendo hablado así con voz tranquila, dispuso de sus bienes de familia en favor de sus amigos íntimos, y preguntó por Anatolio, maestro de ceremonias. El prefecto Salustio respondió que Anatolio era feliz (70). Juliano adivinó que había sido muerto, y deploró la muerte de un amigo, él que miraba la suya con tanta indiferencia. Los que le rodeaban derramaban lágrimas, y Juliano los reprendió diciendo que no convenia llorar por una alma próxima a reunirse con el cielo, y con los astros. Guardaron silencio, y continuó discutiendo sobre la excelencia del alma con los filósofos Máximo y Prisco. Volvióse a abrir su herida, pidió agua fria, y espiró sin esfuerzos en mitad de la noche (71). No contaba mas que treinta y tres años, y había sido veinte cristiano (72).

Si es verdad, como han querido persuadir y como el carácter del hombre en general lo hace sospechar, que Juliano calculando los sucesos de su vida había preparado de antemano su discurso de muerte, jamás se ha representado con tanta perfección un gran papel, pues el actor se elevaba a la altura del personaje que fingía. Las dos religiones compitieron en inventar prodigios en las versiones opuestas de los últimos momentos del emperador. Teodoro y Sozomeno, el compilador de las actas del martirio de San Teodoro, sacerdote de Antioquia, dicen que herido Juliano, recibió su sangre en sus manos, y arrojándola hacia el cielo, gritó: «¡Has vencido, galileo!» (73). Otros pretenden que quería precipitarse en el río con el objeto de desaparecer como Rómulo, y pasar por un dios. Léase en las actas de Teodoro que no fueron los Persas sino los ángeles en figura de Persas los que pelearon contra Juliano (74).

El modo como pereció fue también objeto de con-

troversia: los Romanos aseguraban que la jabalina había sido lanzada por un persa, y los Persas que por un romano. Libanio llega al extremo de decir en una de sus obras que el emperador fue muerto a traición como Aquiles (75); y en otro paraje parece acusar al jefe de los cristianos, que según Gibbon, no podía ser sino San Atanasio (76). La vida de San Basilio y la crónica de Alejandria contienen la historia de una vision de este santo, de la que resulta que Mercurio, mártir de Capadocia, había herido a Juliano por orden de Jesucristo (77). Didimo, ciego célebre y Juliano Sabbas, famoso solitario, tuvieron revelaciones de la misma naturaleza. Didimo vió en sueños a unos guerreros montados en caballos blancos corriendo por el aire, y gritando: «Decid a Dídime que hoy, y en este mismo instante ha sido muerto Juliano.» (78). Sabbas oyó una voz que decía: «El jabalí salvaje que destruía la viña del Señor ha caído muerto.» (79). Preguntando Libanio a un cristiano de Antioquia: «¿qué hace hoy el hijo del carpintero?—Un féretro, respondió el cristiano.» (80).

Dúdase sobre la mayor parte de estos hechos y en realidad son muy dudosos; pero no tanto se trata respecto de aquella época de la crítica histórica como de la pintura del movimiento de los ánimos.

Consternáronse los paganos al saber el fin prematuro del restaurador de la idolatría. «Recuerdo, dice San Jerónimo, que siendo aun niño y estudiando gramática, en los momentos en que las ciudades humeaban con el fuego de los sacrificios, divulgóse súbitamente la noticia en la muerte de Juliano. Un filósofo exclamó: «¡Dicen los cristianos que su dios es sufrido, y nada es tan rápido como los efectos de su cólera!» (81). Gregorio Nazianceno principia y termina sus invectivas contra Juliano por una especie de himno en que respira una alegría tan feroz como elocuente.

«¡Pueblos, escuchad! ¡prestadme atención cuantos habitais el universo! lanzo desde este sitio, cual desde la cúspide de una montaña un grito inmenso. ¡Escuchad, naciones, escuchad vosotros los que vivís al presente, y los que existiereis mañana! Angeles, potencias, virtudes, escuchad! La destrucción del tirano es obra vuestra. El dragon, el apóstata, el grande y temible genio, el enemigo del género humano que esparcía por do quiera, el terror, que vomitaba blasfemias contra el cielo, aquel que tenía el corazón mas manchado que impura la boca, ha caído! ¡Cielos y tierra, prestad oído al estrépito de la caída del perseguidor!»

«¡Venid también, atletas generosos, defensores de la verdad, que fuisteis dados en espectáculo a Dios y a los hombres! acercaos, los que fuisteis despojados de vuestros bienes; corred los que injustamente expulsados de vuestra patria terrestre, fuisteis arrancados de los brazos de vuestras esposas, de vuestros hijos; en fin, convocho a estos regocijos a cuantos confiesan un solo Dios, Soberano Señor de todas las cosas. Dios es el que ha pronunciado un juicio tan brillante, el que ha ejecutado tan pronta venganza; el Señor es el que ha derribado la cabeza del impío. En los santos trasportes que me animan no existen palabras que correspondan a la grandeza del beneficio. Algun día veremos como el suplicio de Juliano condenado, es superior a cuantos tormentos puede figurarse el entendimiento humano. ¡Oh mortal que te llamabas el mas prudente y el mas sabio de los hombres, escucha la oración fúnebre, que Gregorio y Basilio pronuncian sobre tu féretro! Oh tú, que nos habías impedido el uso de la palabra, ¿cómo has caído en el silencio eterno?» (82).

Si Antioquia se regocijó con festines y con danzas; si la victoria de la cruz fue no solo celebrada en las iglesias, sino también en los teatros; si resonaron los gritos de «¿dónde están vuestros oráculos, insensato Máximo?» (83) en Carrhes apedreadon (14) el correo portador del funesto mensaje, y varias ciudades colo-

caron la imagen de Juliano entre las estatuas de los dioses, y le tributaron honores divinos. (85.)

Libanio intentó traspasarse con la espada (86), y solo se resignó a vivir para trabajar en la apología de un príncipe, de quien Gregorio Nazianceno debía escribir la sátira: sobre una tumba es mas propia la alabanza que la crítica. Los estímulos del fanatismo son tales que un santo, un padre de la Iglesia, un hombre superior por sus talentos, no ha temido sentar que Juliano había hecho envenenar a Constancio.

El cuerpo de Juliano, trasladado a Tarso, fue enterrado enfrente del monumento de Maximino—Daia: el camino que conduce a los desfiladeros del monte Tauro, separaba los sepulcros de los últimos perseguidores de los cristianos (87).

Los funerales se efectuaron según el rito del paganismo: los bufones cantaban aires fúnebres; un personaje representaba la muerte, y los farsantes se complacían en medio de sus danzas y de sus lamentos, en burlarse de la derrota y de la apostasia del enemigo de los teatros (88).

El cristiano Gregorio Nazianceno compadece a la ciudad de Tarso, condenada a guardar el polvo del adorador de los demonios: polvo que se agitaba, y que la tierra rechazó (89). El filósofo Libanio habría deseado saludar los despojos mortales de Juliano al lado de los del divino Platon, en los jardines de la Academia (90).

El soldado Ammiano.—Marcelino deseaba que las cenizas de su general fuesen bañadas no por el Cidno, sino por el Tiber, que atraviesa la ciudad eterna, y abraza los monumentos de los antiguos Césares (91). Sin embargo, la tumba de Juliano en las márgenes del Cidno, tan célebre por la frescura de sus ondas, se convirtió en una especie de templo, y una mano amiga grabó en ella este epitafio: Aquí descansa Juliano, muerto mas allá del Tigris. Emperador excelente y valeroso guerrero (92). Veíase reducido a su vez el politeísmo a las reliquias, y a llorar en sus santuarios abandonados.

Juliano, al desdeñar el fausto de la corte de Constancio, y recibir de un ejército amotinado el título de Augusto, había devuelto momentáneamente el derecho de elección únicamente a los soldados: reuniéronse despues de su muerte ansiosos de darse un jefe, y ofrecieron la púrpura al prefecto Salustio, que no admitió este honor. Hemos podido observar ya que principiaba a rehusarse con harta frecuencia la autoridad suprema: hasta el reinado de Cómodo el imperio era la posesión de todos los placeres en el descanso; pero, desde aquel reinado, el César no fue ya sino un soldado, que corría con las armas en la mano desde el Rin al Eufrates, y desde el Nilo al Danubio, combatiendo ó rechazando al enemigo doméstico ó extranjero. El poder al dejar de ser un goce, se convirtió en una carga: la medianía se hallaba siempre pronta a colocarla sobre sus hombros, y el mérito a sacudirla.

En defecto de Salustio, las legiones eligieron emperador a Joviano, primiciero de las guardias, cuyo nombre habían pronunciado por acaso. Era cristiano y católico como Valentiniano, y había preferido a semejanza suya la fe a la espada; pero Juliano, que no le temía, consintió en dejarle la una y la otra. Joviano había sido el encargado de conducir a Constantinopla el cuerpo de Constancio muerto en Mopzucrena: sentado en el carro fúnebre había participado de los honores imperiales tributados a las cenizas de su señor: auguraron de esto su grandeza futura, y los adivinos hubieran podido leer igualmente el presagio de su segundo y próximo viaje en el mismo carro.

Joviano firmó una paz de veinte y nueve ó treinta años, y estipuló un tratado vergonzoso con Sapor: ce-

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. De J. C. 564.

dió a los Persas cinco provincias situadas mas allá del Tigris (93), la colonia romana de Singara y la ciudad de Nisibe, no obstante sus lágrimas, y sin tener en cuenta su último sitio descrito con tanta elocuencia por Juliano en uno de sus dos panegíricos de Constancio. Obligados a entregar a Sapor las murallas que con indecible arrojo habían defendido en contra suya con Santiago su obispo, los Nizibianos, desterrados de sus hogares, despojados de sus bienes, ofrecieron todavía al autor de su destierro la corona de oro que acostumbraba presentar cada ciudad a los nuevos emperadores: ejemplo admirable de una fidelidad que no se creía emancipada de sus deberes por la ingratitude (94).

* Joviano restituyó la paz a la Iglesia, y llamó a San Atanasio.

Así se desvanecieron todos los proyectos de Juliano, que arrojó la empresa de abatir la cruz, y fue el último emperador pagano.

El helenismo volvió a caer con todo el peso de la edad en el polvo, de donde le había levantado apenas una mano mal guiada. Los filósofos se afeitaron, arrojaron lejos de sí sus vestiduras, y se contentaron con enseñar secretamente sus doctrinas, ó con lamentarse de las generaciones que sacudían su yugo: y era tanto el temor de ser tomados por filósofos, que los ciudadanos que llevaban mantos con franja se la quitaron.

Juliano había corrido a la conquista de los Persas con el objeto de volver a domar a los cristianos; y esta guerra, que debía derrocar el trono del gran rey, produjo el primer desmembramiento del imperio de los Césares.

Ha sido preciso recordar minuciosamente esta última prueba de la Iglesia, porque forma época y se distingue de las demás: participa de una civilización mas adelantada, y presenta cierto aire de familia con la impiedad literaria é irónica, que difundía un talento original en el siglo xviii. Pero la impiedad del emperador, que podía ordenar el suplicio, no dejó a los cristianos sino coronas; y la impiedad del poeta, que carecía del poder de la espada, les legó cadalsos.

La persecución de Juliano no tuvo su origen en el paganismo popular, sino en el paganismo filosófico que había quedado aislado en el campo de batalla, teniendo a su cabeza un cínico con manto de púrpura, que llevaba el mundo viejo en su cabeza y el imperio en sus alforjas. Pero en la liza donde ambos partidos procuraban arrebatarse campeones, los hombres de talento pasaron sucesivamente con su genio y sus virtudes al lado del Cristianismo, cual los soldados que desertan con armas y bagaje al enemigo; mientras que el opuesto campo no recibía un solo refuerzo.

Constantino era un príncipe inferior a Juliano, y sin embargo ha enlazado su nombre a una de las revoluciones mas memorables del orden social; y es porque haciendo abstracción de la fuerza sobrenatural que pudo obrar en el establecimiento de la religión cristiana, se puso al frente de las ideas de su tiempo, marchó en el sentido en que lo hacia la especie humana, y se engrandeció con las costumbres que crecían y que le impulsaban.

Juliano, por el contrario, se vió atropellado por las generaciones que pretendía detener, las cuales le derribaron al suelo a pesar de su fuerza, y pasaron por encima de su pecho. Y aun cuando hubiese vivido, hubiera retrasado, no contenido el movimiento: el desnudo calvario por donde el entendimiento humano iba a buscar la verdad de Dios, debía dominar todos los templos. Los afanes inútiles que empleó una vasta inteligencia, un monarca absoluto, un guerrero te-

* JOVIANO, emper. DAMASO I, papa. A. de J. C. 561.

mible para restablecer el culto antiguo, prueban que es tan imposible resucitar los siglos como los muertos. Ciento cincuenta años antes había inaugurado también Plinio el joven que se podía estirpar el Cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano, acontecimiento único en la historia antigua (95), tiene hartos ejemplos en la historia moderna: cuantas veces los que navegan agua arriba han intentado hacer retroceder la corriente del tiempo, otras tantas, sumergidos luego, no han logrado más que acelerar su naufragio.

Joviano volvió del desierto, con soldados desnudos, que tenían que mendigar su pan: el legionario que había conservado un pedazo de su pica ó de su escudo, ó que ostentaba colgando sobre la espada uno de sus borceguies, ensalzaba su arrojo: así hubiera acontecido á los Persas si Juliano hubiera vivido, según dice Libanio. El fin de la retirada del ejército, marcó el término de la vida de Joviano: su esposa le había salido al encuentro para participar de la púrpura, y halló su acompañamiento fúnebre. Los oficiales civiles y militares, los eunucos y el ejército intentaron colocar la diadema en la frente de Salustio que la rehusó segunda vez. La elección, después de las proposiciones de distintos candidatos, se fijó en Valentiniano, confesor de la fe en el reinado de Juliano: no había estudiado, pero poseía una elocuencia natural. Treinta días después de su elevación, asoció al imperio á su hermano Valente; nombre fatal que recuerda la última y definitiva invasión de los Bárbaros.

Entonces se verificó; y para siempre, la división del imperio de Oriente y del imperio de Occidente. Valentiniano estableció su corte en Milan, y Valente en Constantinopla. Los dos hermanos se ausentaron del castillo de Mediana, que dista tres millas de Naisa, donde se había verificado la partición del imperio romano: encamináronse juntos á Sirmio, donde se abrazaron, se separaron, y no volvieron á verse nunca (96).

ESTUDIO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE VALENTINIANO I Y VALENTE, HASTA GRACIANO Y TEODOSIO I.

PARA evitar la confusión de los objetos, será preferible ver por separado lo que ocurría en los imperios de Oriente y de Occidente, sin perder de vista, no obstante, su enlace, y lo que había de común en los sucesos, costumbres y leyes de las dos grandes divisiones del mundo romano.

El Occidente, que le había tocado en suerte á Valentiniano*, comprendía la Iliria, la Italia, las Galias, la Gran-Bretaña, la España y el Africa: el Oriente, confiado á Valente, abrazaba el Asia, el Egipto, la Tracia y la Grecia.

La residencia particular de Valentiniano era en Milan, y la de Valente Constantinopla; pero ambos emperadores se trasladaban al sitio que reclamaba su presencia.

En Occidente tuvo Valentiniano que pelear contra los Alemanes que se arrojaron sobre la Galia, y fortificó de nuevo la línea del Rin. Aparecieron los Borgoñones salidos de los Vándalos que habitaban las márgenes del Elba: daban á su rey el nombre genérico de Hendinos, y á su gran sacerdote el de Sinistro (1). Los Borgoñones, enemigos de los Alemanes,

* Valentiniano, Valente emperadores. Félix, Dámaso, papas. De J. C. 364-367.

formaron alianza con Valentiniano, y se comprometieron á suministrarle un ejército de ochenta mil hombres.

Los Sajones y los Francos volvieron á presentarse en las costas de la Galia y de la Gran-Bretaña, y los Pictos y los Escotos asolaron esta última provincia. Teodosio, general de Valentiniano, los rechazó hasta el fondo de la Caledonia.

Los pueblos de la Getulia, la Numidia y la Mauritania, asolaron el Africa; enviósse á Teodosio para repelerlos y castigar la avaricia de Romanus, comandante militar de aquella provincia y logró buen éxito en la primera parte de su misión.

Valente y Valentiniano persiguieron con todo el rigor de las leyes romanas á sus súbditos acusados de magia; numerosas fueron las víctimas en Roma y en Antioquía. Máximo, tan famoso en el reinado de Juliano, y otros filósofos sucumbieron: Yámblico se envenenó, y Libanio pudo apenas librarse de la acusación (2).

Valente era tirano por debilidad, Valentiniano por cólera. Dos osas (cuyo nombre declara la historia, Inofensiva y Lentejuela dorada), tenían sus jaulas al lado del dormitorio de Valentiniano, y las alimentaba con carne humana.—Inofensiva logró en premio de su mérito el volver á sus bosques (3).

El emperador de Occidente deslustraba sus grandes cualidades con su temperamento cruel, y condenaba al fuego por las menores faltas. Milan tuvo sus víctimas, que recibieron por la injusticia de la sentencia el nombre de inocentes: todo deudor insolvente sufría la pena de muerte; y si un reo recusaba un juez, enviábanle por lo mismo al tribunal de este (4).

Nos sorprende la arbitrariedad de los suplicios que manchan los anales de Roma: parecía haberse abandonado al capricho de los magistrados y de los particulares el género de penas que debían aplicarse; las leyes criminales de los Romanos eran muy inferiores á sus leyes civiles. No fijamos bastante la atención en las mejoras evidentes introducidas en las leyes por la mansedumbre de Cristo. Como estamos acostumbrados á leer hechos atroces, cuando vemos á los hombres despedazados con garfios, expuestos desnudos y frotada con miel la picadura de las moscas, atormentados á semejanza de los prisioneros de guerra de los Iroqueses por orden de un juez, ó por la venganza de un simple acreedor, no inquirimos cómo acontecía esto en las naciones civilizadas del mundo antiguo, y por qué no sucede en las naciones civilizadas del mundo moderno. El progreso tan lento de la sociedad no alcanza á explicar estas variaciones, necesario es reconocer una causa más pronta; más eficaz, más general, y esta causa es el espíritu del Cristianismo.

La sangre de los emperadores paganos se descubre de nuevo en las crueldades de Valentiniano; y el carácter de los emperadores cristianos, en las leyes que mandan que los médicos asistan á los pobres, y que prohiben la exposición de los niños (5). ¡Honor á la benignidad evangélica, á la cual se debe la abolición de una costumbre que autorizaban las legislaciones más famosas de la antigüedad!

Entre las leyes de Valente y de Valentiniano debe señalarse también el establecimiento de las escuelas, modelos de nuestras universidades: la educación pública espiró con la libertad pública, y los colegios modernos tuvieron su origen remoto en los siglos de esclavitud y decadencia del imperio romano.

Valentiniano dió á las ciudades defensores oficiosos (6), especie de magistrados elegidos por el pueblo (7); de donde provino que las iglesias convertidas en una especie de municipios, tuvieron á su vez defensores que se trasformaron en campeones en la edad media. La libertad política se había convertido en privilegios de vecindad: vemos por todas partes á

los emperadores dirigiendo cartas y rescriptos á las municipalidades de las diferentes provincias de Europa; Africa y Asia.

Siguiendo la serie de las instituciones con el código en la mano, observamos con una admiración que participa de agradecimiento, que el trabajo de los príncipes cristianos tiende principalmente á atenuar las condenas criminales y á reformar las costumbres: los hijos de los justiciados recobran los bienes paternos; mejórase la suerte de los pobres y de los esclavos por medio de reglamentos: multiplicanse asimismo los casos de libertad y castíganse los vicios abominables cantados por los poetas, y protegidos por los magistrados. En una palabra, en la colección de las leyes romanas debe buscarse la verdadera historia del Cristianismo, mucho más que en los fastos del imperio.

Valentiniano concedió el libre ejercicio del culto á sus súbditos, y no se inclinó á partido alguno en las contiendas religiosas (8): creyóse tanto más autorizado á ejercer esta tolerancia, cuanto más independientemente se había mostrado cristiano, en el reinado de Juliano. Sin embargo, prohibió á los paganos los sacrificios, y las asambleas á los Maniqueos y Donatistas. Puso también límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicación de las órdenes monásticas; vedó al clero admitir en la clericatura á los propietarios del pueblo y á los decuriones de las ciudades, á menos que estos abandonasen sus bienes á la municipalidad de que eran miembros, ó á algunos de sus parientes (9). También se prohibió al clero aceptar legados testamentarios. Ya el poder y la fortuna habían producido la corrupción, y Dámaso disputó la sede de Roma á Urímo, viniendo á las manos (10): halláronse por la mañana ciento treinta y siete muertos en la basílica de Sicinio, que hoy se llama Santa María la Mayor.

Valentiniano había tenido de su primera mujer Severa un hijo llamado Graciano, al que elevó en Amiens el 24 de agosto del año 367 al rango de Augusto, sin crearle primero César, según era costumbre. Se ha inquirido la causa de semejante innovación, y es evidente: su padre poseía á la sazón dos imperios, y Graciano, de edad de ocho años, no era ya un César ó un general nombrado para defender una parte del Estado, sino un heredero que había de suceder en la soberanía á Valentiniano.

Este emperador repudió á Severa, y se casó con Justina, siciliana de origen, la cual, según dice Zósimo, estuvo casada primero con el tirano Magnencio. Justina era arriana, mas no declaró su herejía hasta después de la muerte de Valentiniano. Dió al emperador un hijo que se llamó Valentiniano II, y tres hijas, Justa, Grata y Gala; esta última fue la segunda esposa de Teodosio el Grande.

Los Guados y los Sármatas, justamente irritados con la traición de los Romanos, que después de haber atraído á su rey Gabino á una entrevista, le habían asesinado, asolaron la Iliria: Valentiniano corrió al frente de las fuerzas de la Galia, y murió repentinamente en Bergocion (11) de un acceso de cólera, en una audiencia que daba á los diputados de los Cuados suplicantes.

Mallobaudo ó Mellobaudes, jefe de una tribu de Francos, había obtenido un mando en el reinado de Valentiniano, y se había distinguido por sus proezas militares; á la muerte del emperador acometió con Equicio, conde de Iliria, la empresa de hacer prevalecer los derechos de Valentiniano, hijo de Justina, sobre los de Graciano, hijo de Severa. Proclamaron en efecto emperador á Valentiniano II; pero su hermano Graciano* que ya era Augusto, en vez de ofenderse reconoció la elección. Tocó en suerte á Va-

* VALENTE, GRACIANO, EMPER. DAMASO, PAPA. De J. C. 376-378.

lentiniano la Italia, la Iliria y el Africa: Graciano guardó para sí las Galias, la España y la Inglaterra, ó quizás no se verificó una partición verdadera. Lo que hay de cierto es que Graciano gobernó solo el Occidente hasta su muerte, porque Valentiniano era todavía niño y no había salido de la tutela de su madre.

Valente no aprobaba estos arreglos pacíficos entre sus sobrinos; pero los movimientos de los Godos detuvieron su intervención en negocios de menor importancia.

Puesto en posesión del imperio de Oriente por Valentiniano I, Valente había tenido que sufrir grandes pruebas desde los primeros días de su reinado. Procopio que mandaba el ejército de Mesopotamia; se vistió la púrpura en la misma Constantinopla por la autoridad de dos cohortes galas; y queriendo legitimar su usurpación, casó con Faustina, viuda del emperador Constancio, la cual tenía una hija de edad de cinco años, en la que miraban las legiones el último vástago de la raza de Constancio. La rebelión de Procopio duró poco; abandonáronle sus soldados á la voz de sus capitanes que guardaron su fe. Arrastraron á Procopio rendido al campo del emperador de Oriente, donde fue decapitado.

Valente sostuvo débilmente contra Sapor á los reyes de Armenia y de Iberia. Señálanse en esta guerra las aventuras de Para, rey de Armenia, monarca fugitivo como tantos otros, protegido primero por los Romanos, y degollado después por ellos en un banquete.

Los Godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constantino, se declararon contra Valente en favor de Procopio, marido de la viuda de Constancio. Valente consiguió algunas ventajas sobre estos bárbaros, y la paz fue el resultado de tales triunfos, hasta que seis años después los Hunos precipitaron á los Godos contra el imperio. Valente profesaba la religión arriana, y persiguió á los católicos, á quienes daba el nombre de Atanasianos: era á la sazón su jefe San Basilio desde la muerte de San Atanasio. A este hombre grande, solitario y caritativo; se debe la fundación del primero de los monumentos levantados á las miserias humanas; monumentos que son la gloria eterna del Cristianismo. Los monges, casi todos católicos, se habían acrecentado por el espíritu y las desgracias de su tiempo. Valente los mandó arrebatar á mano armada; violentáronlos á alistarse en las legiones, y cuando se resistieron los asesinaron.

Llegamos al famoso acontecimiento que apresuró la caída del antiguo mundo.

Desde sus expediciones marítimas, los Godos, que se mantenían en paz con los Romanos, se habían multiplicado en los bosques, sujetando en torno suyo á las demás poblaciones bárbaras. Hermaurico, rey de los Ostrogodos, y de la noble estirpe de Amalis, se hizo conquistador á la edad de ochenta años; á los ciento y diez iba aun á los combates, y era el único contemporáneo de su gloria (12). Conquistó á los Herulos y á los Venedos, y su poder se extendía por los bosques y sobre las hordas que había en ellos, desde el Ponto-Euxino hasta el Báltico, por detrás de las tribus sajonas, alemanas, francas, borgoñonas y lombardas, más inmediatas á las márgenes del Rin: el Danubio separaba el imperio salvaje de los Godos, del imperio civilizado de los Romanos. Los Visogodos, reunidos á los Ostrogodos, les habían cedido la preeminencia: sus jefes, entre los cuales se distinguían Atanarico, Fritigerno y Alavivo habían renunciado el nombre de reyes para descender ó ascender á la dignidad de jueces (3).

A este estado habían llegado las naciones góticas de las fronteras del imperio de Oriente, cuando de improviso se divulgó la voz de que una raza desconocida había atravesado la laguna Meótides. Anuncióse la presencia de los Hunos con un terremoto que con-